

María de Nazaret

Por Laura De Gregorio González

A veces me sorprende ver cómo se me invoca y cómo se me recuerda en estos tiempos. ¡Dios mío!, como si yo fuese una reina, cubierta de telas delicadas y ropas lujosas, mirando al cielo más que a la tierra, y tan pura, tan inmaculada, tan virginal, ... que se me ve lejísimos de las mujeres reales.

Además, siempre tan blanquita de piel, aunque todos saben que yo era hebrea, y ¡siempre joven! Pocas imágenes me reflejan como era ya cuando perdí a mi hijo, como si yo no hubiese llegado a envejecer de ningún modo, ¡qué absurdo!

Me da un poco de pena que se piense en mí como en una mujer sumisa, dócil, callada (¿por qué se habla tanto de mi supuesto y continuo silencio?), sin iniciativa, casi servil, sin ninguna pasión terrenal (salvo el amor por mi hijo), sin cambios de humor, siempre dulce y beatífica (¿eso es posible, siendo humana?). ¡Pero hombre!, si yo siempre fui bastante independiente, y tomé bastantes decisiones sin depender de varones, sin preguntar a nadie, solo deteniéndome a pensar cómo debía actuar ante lo que me pedía Dios que hiciese. Y eso que, en mi época, esto no era nada habitual. Creo que fui muy valiente.

Pensad en primer lugar, que yo acepté ser la madre de Jesús, aunque mi situación social no iba a ser fácil con esto. Dije sí, dije “hágase”, y a lo mejor podría haberme negado, haber ido a preguntar a mi padre o a mi prometido, haberme puesto excusas a mí misma. **¿Vosotras, cuando Dios os pide algo, no ponéis a veces excusas para no hacerle caso del todo, para ganar tiempo, para eludir lo que sabéis que debéis hacer?** Por mi cabeza también pasaron muchas ideas así, pero lo cierto es que acepté sin reparos. Acepté y luego, durante la vida de mi hijo, tuve que seguir aceptando muchas cosas que no entendía, no os creáis que yo lo tenía todo claro. ¡Jesús vino, como cualquier niño, sin libro de instrucciones!, y en su vida, y sobre todo en su muerte, todo fue bastante complicado, como ya sabéis. Y a mí, a veces, me era difícil entenderlo todo, pero acababa confiando en mi Dios.

La espera, la preparación hasta el nacimiento de mi hijo, desde que supe que estaba embarazada, ese tiempo que ahora llamáis Adviento, sí que intenté aprovecharlo lo más posible.

Mi adviento consistió en empezar por ayudar a mi prima Isabel, así que nada más saber que ella estaba embarazada, me fui a verla, y allí estuve tres meses con ella antes de volver a mi casa. Y sí, tomé sola esta decisión, porque debía ayudar, y viajé sola, y parece que en estos detalles no se fija mucho la gente...



Aparte de eso, también siento mucho que haya tan pocas historias de sororidad recogidas en las Escrituras, aunque, como imaginaréis, hubo muchas más. Creo que los escritores sagrados no entendían bien de estas cosas, una verdadera lástima. Entre Isabel y yo existió este sentimiento de apoyo mutuo y solidaridad. Por eso, en el canto del Magníficat hablé de la solidaridad con las mujeres humilladas y exaltadas de Israel. Acordaos de que Mateo, al narrar la genealogía de Jesús, solo incluyó el nombre de las mujeres que tuvieron hijos en situaciones “dudosas”, como Tamar, Rahab, Rut y Betsabé, y me incluyó por último a mí, que casi me cuesta ser repudiada en secreto.

Pues bien, hasta ese momento, mi prima Isabel era otra de las “humilladas”, ya sabéis que la llamaban estéril. Por eso tenía que ir a verla, y por eso nos apoyábamos las dos, que ya embarazadas ambas, éramos benditas.

¿Te has sentido tú también alguna vez entre el grupo de las “humilladas” por algún motivo? En cada sociedad y en cada época, las causas para que nos dejen de lado a las mujeres son diferentes, pueden ser casos muy variados (tal vez por tu orientación sexual, por ser divorciada, por ser madre soltera, por no actuar como “opinan que deberías”,...). Pues el Magníficat también habla de ti, y quiere darte esperanza: todo se invierte tarde o temprano, a lo mejor depende del punto de vista desde el que veamos las cosas. **Busca en este Adviento todo lo que tienes que agradecer.** Tal vez, por razón de tu situación, de tus decisiones, también han ocurrido cosas maravillosas por las que estar agradecida. **Busca cómo ha intervenido Dios en tu vida, ¡¡da las gracias como lo hice yo en el Magníficat!!**

Yo canté el Magníficat porque estaba llena de la fuerza de la Ruah, tenía fe en lo que mi Dios me había anunciado, aún sin entenderlo del todo. Quería expresar mi alegría, que no podía contenerse más.

Y también creo que, de alguna manera, parte de mi canto fue refrendado años después por mi hijo en sus Bienaventuranzas: el reino de Dios es de los humildes, de los hambrientos, de los pobres, de los “humillados”. Jesús lo explicó perfectamente, y mi canto coincidió en que Dios está con los pobres, los necesitados y las mujeres “humilladas”, igual que con el pueblo de Israel y con todas las personas que le buscan.

¿Dónde buscas tú a Dios? Emplea este Adviento en acercarte a los necesitados, a los humillados, sal de tu zona de confort, ¡empieza ya a preparar el camino!

Por último, os cuento un detalle que me sorprende: creo que mi canto, el Magnificat, es el pasaje más largo que aparece dicho por una mujer en el Nuevo Testamento. ¡Como si las mujeres no hubiésemos hablado con Jesús en tantas ocasiones, y de tantos temas! Es como las historias de sororidad entre nosotras, que apenas aparecen, ni lo que hablamos al pie de la cruz, o al ir al sepulcro a embalsamar a mi Hijo... Tendréis que imaginarlo, creo que, con pensarlo un poco, y saber que fuimos mujeres como vosotras, se os ocurrirán muchos temas de los que hablamos con Él. Y si nadie lo ha relatado en los Evangelios, hacedlo realidad ahora vosotras mismas: **orad en este Adviento, hablad con Él de todo eso que os preocupa, Él siempre os va a escuchar.** Seguimos a la espera y preparándonos.